

Un viaje al pasado

Ayer me fui a dormir, pero no tenía sueño. Mi mamá me dijo que intentara dormir porque al día siguiente había colegio y tenía que contar un relato sobre mi pueblo.

Como siempre, no tenía nada que contar y supuse que la maestra volvería a bajarme en el muro de colores.

Media hora más tarde, después de dar vueltas sobre la cama, me dormí y soñé que viajaba otra vez al pueblo de mi abuela: Sampaka, situado en Guinea Ecuatorial, en África Central.

Cogí un avión de madrugada, con legañas en los ojos. Y sí, ya sé que no por mucho madrugar amanece más temprano, pero yo no dirijo mis sueños. Así que, como os estaba contando, nada más despegar, la presión del aire hizo que mis oídos empezaran a vibrar como unos timbales y que mis latidos fueran tan rápidos como una carrera de Fórmula 1. Sentí lo mismo durante el aterrizaje. ¿Sabéis a lo que me refiero, verdad?

Al aterrizar, como era de esperar, las temperaturas eran altas, pero, por suerte, yo ya estaba preparada. Nací preparada.

Cogimos un taxi en dirección al pueblo donde vive mi abuela, Sampaka, para ir a su casa. Mientras el resto de la familia solo pensaba en llegar y en el calor, yo estaba asombrada con las impresionantes vistas que me ofrecía aquel trayecto hacia un lugar tan especial.

Apenas llegamos, toda la familia estaba reunida: abuelos, abuelas, tías, tíos... ¡Un auténtico batiburrillo de gente!

Pero entonces vi a mi abuelo Richard, al que me emocionaba muchísimo ver porque hacía años que no lo veía. Mamá nos contó que, cuando mi hermano y yo éramos pequeños, nos encantaba subirnos a su furgoneta y escuchar el motor haciendo “brrrm, brrrm”.

¿Sabéis qué? Mi hermano se llama igual que mi abuelo. Le pusieron ese nombre en su honor, igual que el mío, que es en honor a mi tía, la hermana de mi padre.

Era la primera vez que veía a mi abuelo después de casi diez años. Y, si os preguntáis por qué tanto tiempo, la razón es que cuando tenía un año me mudé a vivir a España, concretamente a Zaragoza. Desde entonces, aquí he pasado toda mi infancia y preadolescencia.

Según pasaban los días, hacíamos cosas cotidianas y emocionantes, como ir a la playa, visitar otros pueblos o comprar en las abacerías. ¿Sabéis lo que son? Son pequeñas tiendas de comercio tradicional donde se pueden adquirir productos locales.

Cada vez que entraba en una abacería iba corriendo a coger mortadela, Fanta de piña, patatas, barritas de chocolate y helado. Me ponía tibia y arrasaba con todo. Un dato importante que debéis saber es que la Fanta de piña es el mejor refresco que he probado en mi vida.

A la hora de pagar, buscaba entre mis bolsillos los francos, la moneda oficial. ¡Es impresionante! La mayor cantidad de dinero que he tenido entre mis manos fue de diez mil francos, que en España equivalen aproximadamente a quince euros.

Después de comprar, nos montamos todos en el coche y fuimos camino de la playa Arena Blanca. Durante el trayecto contemplaba el paisaje, observaba los monumentos, la abundante vegetación y a la gente conviviendo alegremente.

En la playa recogimos conchas, jugamos, saltamos y reímos. Solo se escuchaban las olas del mar, los pájaros cantando, las risas de los niños y niñas y la brisa moviendo suavemente la arena.

Miré a mi alrededor y vi a mi familia, el mar, la comida, el ambiente y, sobre todo, la convivencia.

Y, ¿a que no os imagináis lo primero que pensé?

Sin pensarlo ni una milésima de segundo dije:

—¡Qué bello es vivir... en mi pueblo!

En el cumpleaños de la abuela le hicimos una gran entrada. Sus nietos, mis primos, mi hermano y yo le preparamos un pasillo con una alfombra roja. Mi mamá cantó para ella, le

cantamos el cumpleaños feliz, comimos, reímos y pasamos un gran día en familia. Su cumpleaños fue la principal razón por la que viajamos aquel año. La abuela era la protagonista de aquel gran viaje. El segundo día de celebración del cumpleaños de mi abuela, unas niñas de entre nueve y once años hicieron un baile tradicional. Cuando empezaron a bailar, a los más mayores les brillaban los ojos, los niños pequeños aplaudían, los jóvenes observábamos con asombro y los adolescentes animaban emocionados.

Entonces entendí algo que nunca me habían enseñado en clase.

Un pueblo es el lugar donde tus recuerdos y tu felicidad empiezan a latir y a llenarse de color. Y entendí que, aunque viva en España, una parte de mi corazón siempre hablará el idioma de mi pueblo.

Abrí los ojos.

Estaba otra vez en mi habitación.

La luz de la mañana entraba por la ventana, atravesando las suaves cortinas de lino y algodón. Mamá me llamó para ir al CEIP Monsalud, mi colegio, un lugar en el que he conocido a gente nueva, he hecho amigos y he creado recuerdos inolvidables, y del que dentro de poco me despediré porque se termina mi etapa de Primaria.

Entonces me preparé, sonreí y, con ganas de compartir mi relato con mis compañeras algo raro en mí porque me cuesta participar de forma activa en clase, cogí mis cosas y emprendí mi pequeño camino con grandes pasos.

Porque, por primera vez, sí tenía algo interesante que contar.

En medio de la clase, compartí mi relato con mis compañeros y compañeras. Les conté que había hecho una pequeña visita de diez horas a mis recuerdos. Algunos cerraban los ojos para imaginar, otros no apartaban la mirada de mí y hasta los que nunca prestan atención estaban escuchando.

La maestra necesitó unos segundos para asimilar lo que acababa de contar. La clase se quedó en silencio y solo se oía la brisa pasando a través de las ventanas.

Era como si mi relato les hubiera hecho entrar en un mundo nuevo. Mientras ellos seguían imaginando mi viaje, yo observaba el silencio de la clase. Y entonces lo entendí.

Tal vez mi pueblo no era el lugar más famoso del mundo. Pero sí era el lugar donde aprendí que los recuerdos también pueden convertirse en hogar. Y que, aunque estemos lejos, siempre hay lugares que vivirán dentro de nosotros, porque, a veces, viajar significa reencontrarse con una parte de ti que siempre estuvo esperándote.